

Éxodo 15:1-11

Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este cántico a Jehová: «Cantaré yo a Jehová, porque se ha cubierto de gloria; ha echado en el mar al caballo y al jinete. Jehová es mi fortaleza y mi cántico. Ha sido mi salvación. Este es mi Dios, a quien yo alabaré; el Dios de mi padre, a quien yo enalteceré. Jehová es un guerrero. ¡Jehová es su nombre! Echó en el mar los carros del faraón y su ejército. Lo mejor de sus capitanes, en el Mar Rojo se hundió. Los abismos los cubrieron; descendieron a las profundidades como piedra. Tu diestra, Jehová, ha magnificado su poder. Tu diestra, Jehová, ha aplastado al enemigo. Con la grandeza de tu poder has derribado a los que se levantaron contra ti. Enviaste tu ira y los consumió como a hojarasca. Al soplo de tu aliento se amontonaron las aguas, se juntaron las corrientes como en un montón, los abismos se cuajaron en medio del mar. »El enemigo dijo: “Perseguiré, apresaré, repartiré despojos; mi alma se saciará de ellos. Sacaré mi espada, los destruirá mi mano”. Soplaste con tu viento, los cubrió el mar; se hundieron como plomo en las impetuosas aguas. ¿Quién como tú, Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios? (Ex 15.1-11)

El pueblo de Dios canta la victoria pascual

- I. Canta la victoria de Dios
 - a. Como Dios demostró su victoria sobre sus enemigos en el mar Rojo
 - i. La amenaza de los egipcios en primer lugar se dirigió contra Dios
 - ii. Dios como poderoso guerrero obtuvo una victoria aplastante
 1. Controla las aguas del abismo
 2. Controla los vientos
 3. Los usa para destrucción de sus enemigos
 4. Así ellos se consumen como hojarasca, se hunden como piedra, como plomo.
 - iii. Él merece toda la alabanza porque él solo obtuvo esta victoria.
 1. Se cubrió de gloria
 2. Se reveló como incomparable
 - a. Magnífico en santidad
 - b. Terrible en hazañas
 - c. Hacedor de prodigios
 - b. Así Cristo obtuvo una aplastante victoria con su muerte y resurrección
 - i. El diablo propuso destruirlo usando a los judíos y los romanos

1. Había tratado de destruirlo por medio de la tentación
2. Quiso vencerlo por medio de la muerte
- ii. El momento de victoria parecía más bien una derrota
 1. Cuando Cristo sufrió pareció impotente (qué Elías venga”
 2. Cuando Dios mismo lo abandonó apareció como si el diablo hubiera ganado
 3. Cuando Cristo dijo Consumado es, parecía que fuera con él que se había acabado.
- iii. Sin embargo, al tercer día Cristo se demostró magnífico en santidad, terrible en hazañas, hacedor de prodigios
 1. Sin embargo, al tercer día rompió las ligaduras de la muerte
 2. Con esto entró en su gloria divina aun según su naturaleza humana
 3. Con esto demostró que tiene todo poder en el cielo y en la tierra

II. Canta la salvación de su pueblo

- a. Como los israelitas cantaron la victoria de Jehová como su salvación
 - i. Los enemigos de Dios dirigieron su furia contra el pueblo de Dios
 - ii. Era Jehová, el Dios del pacto
 - iii. Era Jehová, el Dios de sus padres
 - iv. Llegó a ser su cántico y salvación
- b. Así la iglesia canta la victoria de Cristo en su beneficio
 - i. La muerte, Satanás, el sepulcro y el infierno son derrotados para nosotros
 - ii. Somos libertados ahora para una herencia celestial
 - iii. Por eso suenan nuestras alabanzas de salvación a nuestro Salvador, Jesucristo.

Fue una ocasión festiva cuando Moisés y los hijos de Israel cantaron este cántico de alabanza y liberación por la orilla del mar Rojo, y es una ocasión festiva cuando celebramos la liberación de Jesucristo de la muerte y del sepulcro. El Cordero que fue inmolado es digno de toda nuestra alabanza, porque vivo de entre los muertos, él reina para siempre sobre cielo y tierra. Una manera de reflexionar en por qué esto merece tanto nuestra alabanza será comparar la victoria de Dios sobre faraón en el Antiguo Testamento con la victoria de Cristo sobre todos sus enemigos en la Pascua de resurrección. Veremos que **el pueblo de Dios canta la victoria pascual** I. Canta la victoria de Dios, II. Canta la salvación de su pueblo.

Fue una gloriosa victoria del Señor que celebraron Moisés y los Hijos de Israel cuando se encontraron salvos y seguros al otro

lado del mar Rojo, con todo el poderoso ejército de Faraón muerto en las profundidades del mar. Era hora de cantar, en primer lugar, para celebrar la gran victoria de Dios sobre todos sus enemigos.

Es cierto que los egipcios habían oprimido a los Hijos de Israel. Pero en realidad su hostilidad se dirigía contra Dios mismo. Como el Faraón había dicho cuando Moisés en nombre de Jehová exigió que dejara salir a su pueblo: “¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel”. Aun después de diez poderosas plagas por su obstinación, y finalmente por la muerte de los primogénitos de Egipto, después de haber dado el permiso a Israel a salir, “Los egipcios los siguieron con toda la caballería y los carros del faraón, su gente de a caballo y todo su ejército; los alcanzaron donde estaban acampados junto al mar, cerca de Pi-hahiroth, frente a Baal-zefón” (Ex. 14:9). Entonces los israelitas “clamaron a Jehová llenos de temor”. Les parecía como si Dios no tuviera el poder para liberarlos. “¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto?” (Ex. 14:11).

Pero Dios demostró su poder como poderoso guerrero y obtuvo una victoria aplastante. Demostró su poder sobre las aguas del abismo: Acerca de la amenaza de los egipcios, nos declara la canción: “Los abismos los cubrieron”. “los abismos se cuajaron en medio del mar”. Los vientos están en su mano, y hace con ellos lo que él quiere. “Al sople de tu aliento se amontonaron las aguas, se juntaron las corrientes como en un montón”. Cuando Moisés levantó su vara sobre las aguas del mar al mandato del Señor, “hizo Jehová que el mar se retirara por medio de un recio viento oriental que sopló toda aquella noche. Así se secó el mar y las aguas quedaron divididas” (Exo. 14:21).

¿No es poderoso el Señor que controla todas estas fuerzas y las doblega para que hagan su voluntad? Y por medio de estas cosas, él obtiene un triunfo completo sobre todos sus enemigos. “Ha echado en el mar al caballo y al jinete”. “Jehová es un guerrero. ¡Jehová es su nombre! Echó en el mar los carros del faraón y su ejército. Lo mejor de sus capitanes, en el Mar Rojo se hundió”. ¿Qué ahora del poder del ejército más poderoso de su tiempo, cuando se atrevió a contradecir los propósitos de Jehová? ¿Quién puede igualarlo a él en poder? Sus enemigos se consumen como la hojarasca; se hunden como piedra, como plomo. Nada ni nadie resiste el poder de Jehová de los ejércitos.

Así él es digno de toda gloria y alabanza. Oigamos una vez más cómo canta Israel la gloria de su Dios: “se ha cubierto de gloria”. Realmente: “Tu diestra, Jehová, ha magnificado su poder. Tu diestra, Jehová, ha aplastado al enemigo. Con la

grandeza de tu poder has derribado a los que se levantaron contra ti”.

Ciertamente, todo lo que Dios había hecho con Egipto, de principio a fin, demostró su gloria y resplandor. Cuando Faraón había endurecido su corazón contra el Señor en las primeras seis plagas, Dios le declaró antes de la séptima, la del granizo: “yo enviaré esta vez todas mis plagas sobre tu corazón, sobre tus siervos y sobre tu pueblo, para que entiendas que no hay otro como yo en toda la tierra” (Exo. 9:14).

Y ahora lo había demostrado sin ningún lugar a dudas. Jehová realmente era “magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios”. Era magnífico en santidad, de modo que está apartado de todo pecado, y el que persiste impenitente en su pecado e incredulidad tendrá que sufrir las consecuencias, como Faraón y su ejército. Es “terrible en hazañas”, provoca asombro en los suyos, y terror en sus adversarios. Y es “hacedor de prodigios”, como los que se describen en nuestro texto. En verdad: “¿Quién como tú?”.

Así como los Hijos de Israel cantaron la victoria de Jehová sobre sus adversarios en aquel día por el mar Rojo, también la iglesia hoy canta la victoria de Cristo sobre todos sus adversarios. Cristo también obtuvo una aplastante victoria con su muerte y resurrección.

El diablo, usando a judíos y romanos, propuso destruir al Cristo, el Dios fuerte que vino en la forma de un humilde servidor. Lo había tratado de destruir por medio del complot de Herodes en su infancia. Lo había tratado por medio de la tentación desde el comienzo de su ministerio. Lo trató por medio de Pedro, cuando este le dijo que jamás debería morir.

Y ahora con la muerte en la cruz, trató una última vez de destruir a este Mesías. ¿Realmente soñaba con tener el éxito? ¿Realmente pudo pensar que con la muerte de Cristo todo se acabaría? Al parecer fue así. Y todo parecía indicar que tenía la razón. Todos alrededor de la cruz lo vieron impotente frente a sus enemigos. Los enemigos se burlaron de él: “Deja, veamos si viene Elías a librarlo” (Mat. 27:47). Es más, Dios mismo lo abandonó en la cruz, así que su causa parecía perdida para siempre. “Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado”. Y cuando Cristo clamó: “consumado es”, e inclinó la cabeza y expiró, parecía como si fuera con él que se había acabado. Las huestes infernales deben haberse aullado con gozo diabólico por su aparente victoria en eliminar al Hijo del Hombre.

Sin embargo, fueron ellos los derrotados. Como comentó San Agustín: Satanás “vio la carnada de la humanidad, y tragó el

anzuelo de la divinidad”. Así se quedó él mismo derrotado y vencido para siempre. Al tercer día Cristo rompió las ligaduras de la muerte, salió del sepulcro, se manifestó vivo primero a las mujeres, después a Pedro y Juan, después a todos los discípulos. Cuando había resucitado, un terremoto quitó la piedra del sepulcro, revelando una tumba vacía. “No temáis vosotras, porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo” (Mat. 28:5).

Cristo es ahora Rey de reyes y Señor de señores. “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. ... Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Ap 5.12-13). La Pascua es sólo el primer paso en la exaltación de Cristo según su naturaleza humana, de modo que él está “a su derecha [del Padre] en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero” (Ef 1.20-21).

Seguramente Cristo merece nuestra alabanza en este día de su resurrección por su gran poder que demostró al derrotar a Satanás, la muerte y la tumba para vivir y reinar para siempre. Pero hay un motivo aún más grande porque le alabamos en este día y siempre. Porque no sólo cantamos la victoria de Dios sobre sus enemigos, sino que obtuvo esa victoria para nosotros. Cantamos la salvación del pueblo de Dios.

Así lo hizo el pueblo de Israel al lado del mar Rojo. Celebraron la victoria de Jehová porque también significaba salvación para ellos.

Faraón y los egipcios eran los enemigos declarados de Dios. Pero esa furia se dirigió contra el pueblo de Dios. Lo escuchamos en nuestro texto cuando se les atribuyen las palabras: “Perseguiré, apresaré, repartiré despojos; mi alma se saciará de ellos. Sacaré mi espada, los destruiré mi mano”. Buscaban la subyugación y la destrucción del pueblo de Dios.

Sin embargo, Dios mismo acudió en auxilio de su pueblo. “Soplaste con tu viento, los cubrió el mar; se hundieron como plomo en las impetuosas aguas”. Al hacerlo, actuaba de acuerdo con su gran pacto de misericordia que había hecho con Abraham y con su descendencia. A Abraham había dicho: “Haré de ti una nación grande, te bendeciré, engrandeceré tu nombre y serás bendición”, y “serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. La promesa trataba de la venida del Mesías, el Cristo, para redimir no sólo a Israel, sino al mundo entero de sus pecados. Pero la promesa de la nación era una parte de esa promesa. En Génesis 15 Dios dijo a Abraham: “Ten por cierto

que tu descendencia habitará en tierra ajena, será esclava allí y será oprimida cuatrocientos años. Pero también a la nación a la cual servirán juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza” (Gn 15.13-14). El que los israelitas aquí cantan a Jehová, el Dios del pacto, al Dios de sus padres, y declaran que él “ha sido mi salvación”, es un reconocimiento de que la liberación que se celebra aquí es sólo una parte de un plan más grande de libertar al mundo entero de Satanás y todos sus opresores.

De hecho, en Isaías 12 la iglesia redimida en el cielo declara: “En aquel día dirás: Cantaré a ti, Jehová; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó y me has consolado. He aquí, Dios es mi salvación; me aseguraré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es Jah, Jehová, quien ha sido salvación para mí” (Is 12.1-2).

Así la iglesia también ahora canta la victoria de Cristo en su beneficio. En el gran capítulo de la resurrección en 1 Corintios, Pablo declara con júbilo: “Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: «Sorbida es la muerte en victoria». ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde, sepulcro, tu victoria?, porque el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la Ley. Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co 15.54-57).

La resurrección de Cristo es una victoria para nosotros. Su vida es nuestra vida. “Si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él, y sabemos que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. En cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive, para Dios vive” (Rom. 6.8-10).

Así nuestro “Salvador Jesucristo, ... quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Tim. 1:10). Él fue “entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” Ro 4.25. La resurrección de Cristo declara nuestra liberación del pecado, y por tanto de la muerte y del infierno, porque “donde hay perdón de pecados, allí también hay vida y salvación”.

Cantemos nosotros también, entonces, nuestras aleluyas a nuestro Redentor que ha obtenido para nosotros esta gran victoria sobre nuestros enemigos. Porque él resucitó, nosotros somos libres, libres del pecado, de la muerte, de Satanás y del infierno. Verdaderamente: “Digno eres ... porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación; nos has hecho para nuestro Dios

un reino y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra” (Ap 5.9-10).
Amén, y Aleluya.